

ODA AL ÁRBOL

Recta majestad, impones
silencio en el camposanto.
Vigía implacable, oteas
fiel los límites del llano.
Mudo, guardas los secretos
de veredas y sembrados.
Bajo tu sombra cobijas,
majestuoso desde antaño,
la decadente existencia,
sin aliento, del anciano.

Tenue silueta de luz,
símbolo hosco del secano,
arrogante tu destino
afrontas desamparado
cuando, emergiendo la noche,
al redil torna el rebaño
y vientos amenazantes
gimen lamentos extraños
que clavan gélidos filos
en tu corazón ajado.

Paraíso en la mirada,
el horizonte lejano
azul alfombra sugiere
sobre aguas mansas y lagos
donde redimir las penas,
entre bucólicos prados
donde romper los grilletes
que a la pompa y al boato
sutilmente nos amarran,
sin conciencia, enajenados.

Imagen presente el paso
de los años delatando,
hierático como un dios
en firme metal forjado,
dócilmente sometido
al apático mandato
del altivo general,
quien, con su poder dorado,
el ciclo crea y destruye,
impasible, sin descanso.

Nutridos con tus despojos
desde los tiempos arcanos,
despreció Adán tu morada
y la memoria extraviamos,
en dura espiral de excesos,
consumo, fatiga y caos,
tras la eterna juventud
con avidez cabalgando,
amnésicos y mezquinos,
sin rumbo, deambulamos.

Desde la revolución
del oxígeno decano
en la Facultad del Aire,
tenaz amante callado
al atisbo de la lluvia,
a su humedad aferrado
con angustia de cautivo.
Ingeniero y artesano
de la brisa redentora,
etérea, sin formato,
que en el cenit del estío
obnubila con su tacto.

